

Al lado del desasosiego y la violencia en los cuentos de *El retorno a casa*, también se adivina, a ratos, como contraste y compensación, el tema de la utopía. Pienso, ante todo, en “La otra”, el cuento que abre el libro, con el que se podría intentar una interpretación en esa dirección; en todo caso, los dos aspectos —el desasosiego y la violencia por un lado, y la reflexión sobre la utopía, por el otro— vuelven a aparecer posteriormente en la poesía de Suescún.

La violencia en algunos de sus poemas se refiere de manera concreta a la violencia en Colombia. Tal es el caso, por ejemplo, de “¡Qué dicha vivir en este país tan bello!”, uno de sus poemas más citados y más recogido en antologías, en el que se contrasta con ironía amarga el discurso oficial habitual sobre la belleza y las virtudes de Colombia con su realidad violenta. Al tema de la utopía, Suescún dedica expresamente al menos un poema, *Utopías* incluido en el libro *Este realmente no es el momento* (2007) y un libro entero a la reflexión poética sobre el tema titulado *Empezar en cero* y fechado en el mismo año.

Esos poemas, como muchos otros de Suescún, invitan a la reflexión y en ocasiones incluso a la discusión. En ese sentido, van mucho más allá de aquellos en los que se limita a denunciar la violencia y a protestar en contra de ella. Esa exigencia reflexiva implica un trabajo silencioso que no tiene nada que ver con el gesto de provocación que suele acompañar la estética nadaísta y que al comienzo fueron una expresión de rebelión para luego convertirse en un código gastado.

Para hacerle justicia a Jotamarío, hay que decir que él parece sospechar en algunos momentos de su libro la distancia que lo separa de Suescún. Jotamarío lo describe como alguien “que ha pasado por el mundo sin estridencias, sin agitar maracas para decir aquí estoy, siendo notable por lo discreto” (pág. 21). El elogio es tremendamente curioso viniendo de un nadaísta. Entre las virtudes del nadaísmo dudo que a alguien se le ocurriera contar la discreción y las estridencias del movimiento, y del propio Jotamarío en

sus esfuerzos por promover su obra y la de sus compañeros de aventura, que siempre han formado parte de una estrategia de publicidad que tal vez haya terminado haciendo del nadaísmo un movimiento más importante de lo que fue en realidad.



Esto último me permite sugerir la generosa hipótesis de que todo —la debilidad del libro y la polémica posterior con su evidente tono barriobajero— sea parte de una patraña montada por el poeta nadaísta dirigida a que la gente se de vuelta para ver de dónde viene tanto ruido y termine mirando hacia la obra de Suescún y los abismos de reflexión que nos abre. Es, sin duda, una idea bastante retorcida, pero es la única que sirve para salvar este libro de Jotamarío.

Rodrigo Zuleta

Sin eufemismos

La estrategia del terror en la guerra de conquista 1492-1552

JOSÉ MARÍA ROJAS
Hombre Nuevo Editores,
Medellín, 2011, 165 págs., il.

ESTE PEQUEÑO libro no pretende ser una investigación histórica sobre un tema bastante explorado desde diversos ángulos analíticos, como lo es la conquista sangrienta de América. Quiere ser, como lo manifiesta su autor, una interpretación del genocidio perpetrado por los castellanos y otros pueblos de la corona española

desde finales del siglo XV. Como se trata de una interpretación, el autor no ahonda en la búsqueda de fuentes secundarias, sino que se concentra en algunas que le permiten efectuar una reconstrucción general sobre el contexto histórico que explica el mal llamado Descubrimiento de América y las razones por las cuales el reino de Castilla es el beneficiario de ese acontecimiento. A la reconstrucción global de ese contexto histórico le dedica los dos primeros capítulos del libro (págs. 13-36), de los cuales extrae algunas conclusiones básicas, que se convierten en hilo conductor del análisis posterior: el carácter profundamente retrógrado y reaccionario de la monarquía española, como resultado del predominio de la nobleza de Castilla y la refeudalización en la península Ibérica; la terrorífica alianza entre la monarquía y la Iglesia católica convirtió a España en el fortín de la Contrarreforma y de la Inquisición, lo cual se fortaleció con la expulsión de los moros y la reconquista de Granada en 1492.



Estos dos aspectos son medulares, porque el sometimiento brutal de los habitantes de lo que con el tiempo se llamará América, se hizo a nombre de la alianza de la cruz y de la espada. La cruz que simbolizaba el poder de la Iglesia católica, ávida de someter a los cuerpos y las almas de todos aquellos que eran considerados como infieles y paganos; y la espada que representaba el poder bélico de las tropas de conquista que llegaron a estos territorios para matar y someter por la fuerza bruta. Lo que el autor denomina “La estrategia del

terror”, que es el título del libro y del tercer capítulo (págs. 37-98), es entendido como un procedimiento para comprender racionalmente la irracionalidad de los crímenes cometidos por las bandas delincuenciales de los conquistadores. O, dicho de otra forma, se trata de determinar la estrategia de guerra adelantada por los criminales contra los pueblos indígenas, cuyo objetivo central apuntaba a apropiarse de sus riquezas minerales y agrícolas y a someter su capacidad de trabajo, convirtiéndolos en esclavos al principio y después en indios encomendados.



En concreto, fueron varios los componentes de la estrategia de terror. Esta empezaba con *el requerimiento*, un documento redactado por los leguleyos al servicio de los conquistadores, que se les leía en castellano a los indígenas y en el cual se les exigía que se sometieran al poder del rey de España o si no se les declararía como enemigos. Este era un procedimiento puramente formal, para justificar en lo legal los asesinatos en masa de la población indígena, con el fin de apropiarse del oro y de la plata de las tierras recién conquistadas. La estrategia del terror continuaba con la acción de *pacificar*, una consecuencia normal del requerimiento que era una simple declaración de guerra. Pacificar era un malabarismo terminológico que significaba justo lo contrario, es decir, la guerra abierta y sin contemplaciones contra los indígenas y, en esa lógica, quienes se atrevieran a defenderse eran considerados como rebeldes que debían ser sometidos a sangre y fuego. A su vez, la pacificación incluye varios

procedimientos, entre los cuales el autor describe con algún detalle los más importantes: la matanza ejemplar, quemar al jefe, mutilar, aperrear (usar a los perros para matar y devorar a los indígenas), montar (cacería de indios) y ranchar (tomarse en forma sangrienta los poblados indígenas para apropiarse del oro y de los alimentos). *Poblar* es el tercer componente de la estrategia del terror y consistía en la ocupación permanente por parte de los conquistadores de los territorios de los nativos, luego de que fueron exterminados a lo largo y ancho de América, a medida que tenían contacto con los criminales que venían de España. Por último, la estrategia del terror se cierra con la cristianización de los supervivientes de la conquista, la que opera como un táctica ideológica por excelencia, con el fin de justificar los crímenes cometidos, de exonerar de culpa a los criminales e inculpar a los indígenas como responsables de los crímenes de que eran víctimas, porque supuestamente eran idólatras y diabólicos. La cristianización no solo cerraba el ciclo criminal de la estrategia del terror sino que, además, representaba riqueza y poder para la Iglesia, que de esta manera aseguraba su parte en el reparto del botín, como partícipe directo en el asesinato en masa cometido, porque siempre los conquistadores venían de manera invariable acompañados de los curas doctrineros, que bendecían sus crímenes, como cuando, para señalar un caso, el fraile Valverde con una cruz y un breviario en la mano, fue copartícipe en la captura y tortura del inca Atahualpa por parte del carnicero Francisco Pizarro.

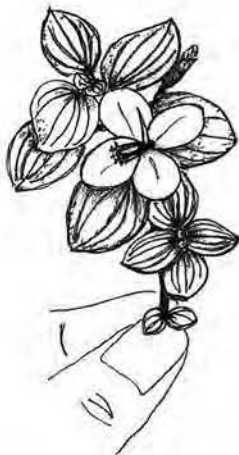
Del capítulo tres, el principal del libro, es preciso resaltar dos aspectos que le confieren un toque personal a esta obra y que lo diferencian de la mayor parte de la producción historiográfica: primero, el uso de un lenguaje directo, desprovisto de cualquier eufemismo para calificar la estrategia del terror; segundo, la relación permanente, entre líneas y en breves notas a pie de página con la situación actual de guerra, tanto con la que se libra en Colombia como la que los Estados Unidos adelanta en diversos lugares del mundo. Con respecto al primer punto debemos decir

que el autor recurre a la siempre bienvenida utilización de un lenguaje concreto, en el que se llama pan al pan y vino al vino. Así, José María Rojas dice: “Las atrocidades cometidas por los españoles en proceso de ocupación del territorio americano, consistentes en el saqueo, el robo, el incendio, el engaño, el secuestro, la tortura, la esclavitud, la servidumbre y el exterminio físico de las poblaciones nativas que opusieron alguna resistencia al invasor, no deben ser olvidadas” (pág. 11). A partir de este presupuesto, Rojas en forma continua habla de la conquista como una guerra criminal, en la que participaron bandas criminales que cometieron crímenes de lesa humanidad. Por su parte, personajes siniestros como Francisco Pizarro, Hernán Cortés, Gonzalo Jiménez de Quesada aparecen mencionados, como lo que fueron, jefes de bandas criminales, carniceros, carniceros mayores. De la misma forma, los curas y personajes cercanos a la Iglesia, como Juan Ginés de Sepúlveda, son llamados como ideólogos de los crímenes. Sobre este último personaje, Rojas dice en el capítulo cuarto que “un intelectual que justifica a los criminales, adquiere necesariamente responsabilidad como copartícipe de los actos de guerra y está obligado a participar solidariamente en la reparación de las víctimas” (pág. 147).



Con relación al segundo aspecto, Rojas efectúa una permanente relación entre el pasado y el presente, que en el caso colombiano adquiere gran actualidad porque la guerra que se libra en nuestro territorio también se

inscribe en la misma lógica de la estrategia del terror con todos sus componentes por parte de los poderosos y sus cómplices: matanza ejemplar, matar al jefe, aterrorizar a la población mediante el uso de la tortura (la motosierra incluida), absolver siempre a los criminales como grandes hombres de Estado o de empresa, lo cual forma parte del “legalismo colombiano” que se “inscribe exactamente dentro de este espíritu criminal, ya quincuacenterario. Es una de nuestras herencias socioculturales de España” (nota 15, pág. 48). Esto ha generado un tipo de justicia, muy colombiana, “tan eficiente para condenar inocentes y absolver criminales” (nota 23, pág. 56). El autor sostiene, sin ambages, que “Colombia es un país de poetas y con ello se enraíza en la herencia castellana, pero quizá lo que mejor ha sabido conservar a través de los siglos es la *matanza ejemplar*. En la expansión y consolidación del paramilitarismo durante los últimos quince años la matanza ejemplar ha sido su instrumento táctico por excelencia. Hoy comienzan a desenterrarse las osamentas de las víctimas de matanzas no conocidas ‘públicamente’” (nota 26, pág. 68, resaltado en el original). Al mismo tiempo, aquello que sucedió durante la conquista de los muisca se repite en el presente. En efecto, en 1538 hubo una acción complementaria entre dos criminales: uno (Gonzalo Jiménez de Quesada), que para más señas era abogado, fue el autor intelectual de la masacre, el otro (su hermano Hernán Jiménez de Quesada), fue el autor material de la acción genocida. Hoy, en Colombia “el *doctor* siempre tiene



a su servicio al criminal e, históricamente, cuando la justicia investiga un delito político nunca encuentra al ‘autor intelectual’” (nota 30, pág. 74, resaltado en el original).

Después del análisis y la descripción detallada de la estrategia del terror, Rojas elabora un cuarto capítulo consagrado a mostrar cómo se critica la guerra de conquista y surge el primer representante de la crítica anticolonialista y antiimperialista, encarnado en el extraordinario fray Bartolomé de las Casas, quien enfrenta el terror en la teoría y en la práctica. Con respecto a la lucha de este sacerdote, defensor de los indígenas, el autor analiza con detalle el debate que se presentó en 1550 entre De las Casas y Ginés de Sepúlveda, como ideólogo esclarecido del terrorismo de Estado español y de los criminales conquistadores. Aunque en el debate, por su nivel ético y argumentativo, se impuso De las Casas, a la larga en la realidad triunfó el proyecto criminal de Ginés de Sepúlveda, porque, hasta hoy día, continuó sometiéndose, de modo brutal, a los indígenas y la Iglesia católica se convirtió en un instrumento de dominación incondicional al servicio de los conquistadores.

El libro concluye con un breve capítulo titulado “Una aproximación desde la contemporaneidad”, en el que se explicita la relación del tema estudiado con nuestro presente histórico, y en el cual se refiere de manera prioritaria a nuestro país. A grandes rasgos sostiene que nos encontramos en una nueva guerra de conquista, hegemónica por el imperialismo estadounidense y sus empresas, que acuden incluso al mismo lenguaje de Ginés de Sepúlveda de las guerras preventivas. Esa conquista se sustenta en la explotación del “oro blanco” (la cocaína), lo que ha generado una economía que se nutre de dineros ilegales, emparentados con todo tipo de actividades legales y ha producido una sociedad mafiosa, en medio del legalismo endémico del país, que encubre las nuevas formas de criminalidad y, sobre todo, la impunidad. En ese sentido, “es posible que los colombianos tengan un talento empresarial innato, pero es por excelencia un talento para la empresa criminal, como lo fue en la guerra de conquista” (pág. 162).

De la misma forma que sucedió en la guerra de conquista en el siglo XVI, cuando tras el despojo aparecieron nuevos ricos que legalizaron lo que habían robado, ahora, de nuevo, quienes han usurpado tierras y riquezas de indígenas, campesinos y afrodescendientes, están en proceso de legalizar y legitimar lo que adquirieron mediante sus acciones criminales. “Y todo esto concluirá con la complacencia y la bendición de una iglesia católica que por su fundamentalismo reaccionario es incapaz de distinguir entre una paz mafiosa y una paz cristiana” (pág. 164).



Para concluir, este interesante ensayo de interpretación histórica y sociológica liga pasado y presente y nos indica la necesidad de relacionarlos de manera continua y de leer el pasado a la luz y necesidades del presente. Así mismo, se rescata el uso apropiado de los términos para referirse a lo que aconteció, sin utilizar todos los eufemismos que se emplean para justificar los crímenes. En ese sentido, debe destacarse que en el libro se reafirma el carácter criminal de la conquista como causa fundamental del exterminio de los indígenas americanos en el siglo XVI, denunciando la falsedad de la explicación revisionista sobre la “catástrofe demográfica” que considera que la mayor cantidad de muertos se explica por las enfermedades y epidemias, desconociendo la violencia inherente a la esclavización de los nativos, así como la imposición de terribles formas de coacción laboral, para extraer oro y otras riquezas.

Solo dos críticas marginales le hacemos a este libro de José María Rojas. Una primera crítica con relación a dos alusiones genéricas que hace sobre los historiadores, cuando dice que estos suelen absolver o condenar a los protagonistas (pág. 37) y cuando sostiene que “los historiadores han exaltado el valor, el arrojo y el heroísmo de los conquistadores, idealizando su espíritu guerrero (...). Y cuando la atrocidad de los horrendos crímenes cometidos era inocultable e injustificable, se apeló a la leyenda del bajo origen de los combatientes e, incluso, a su condición de delincuentes comunes en España.

Nada de todo esto se ajusta rigurosamente a la verdad histórica” (pág. 43). Esta es una generalización discutible porque mete en un mismo saco a todos los historiadores, cuando hay trabajos extraordinarios que han denunciado, con un tono similar al usado por Rojas, el genocidio del siglo XVI. Entre esos trabajos vale recordar el de Laurette Séjourné, *Antiguas culturas precolombinas*, o el de Josefina Oliva de Coll, *La resistencia indígena ante la conquista*, o los de Eduardo Galeano, *Los nacimientos y Las venas abiertas de América Latina*. Una segunda crítica se refiere a la poca información secundaria que se emplea en la reconstrucción de los primeros capítulos y que se reduce casi en forma exclusiva al libro de Rodolfo Puiggrós, *La España que conquistó el Nuevo Mundo*, una obra del decenio de 1960, cuando desde entonces han aparecido nuevas investigaciones sobre este asunto que ameritarían su incorporación en la interpretación reseñada, entre las que podemos mencionar el libro de síntesis de Juan Carlos Garavaglia y Juan Marchena *América Latina. De los orígenes a la independencia I. América precolombina y la consolidación del espacio colonial*. Estas son cuestiones más bien formales, que no le restan vigor ni sustancia a la obra comentada, cuya principal contribución radica en volver a emplear el lenguaje directo y combativo que debería caracterizar a los análisis sociales e históricos.

Renán Vega Cantor

Profesor titular,

Universidad Pedagógica Nacional

Dos tesis convertidas en un libro

Esclavos, negros libres y bogas en la literatura del siglo XIX

MARÍA CAMILA NIETO VILLAMIZAR
Y MARÍA RIAÑO PRADILLA

Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Historia, Centro de Estudios Socioculturales e Internacionales (Ceso), Bogotá, 2011, 266 págs., il.

EN ESTE libro se reúnen dos tesis de grado en historia, cada una de ellas independiente, aunque tengan alguna relación temática entre sí. Esas dos tesis son: *Imágenes de negros y zambos en María y el Museo de cuadros de costumbres*, de María Camila Nieto Villamizar (págs. 7-138) y *Los bogas del río Magdalena*. Relaciones de poder en el texto y en el contexto, de María Riaño Pradilla (págs. 139-266). En ese sentido, sería necesario hacer una reseña por separado de los dos textos, porque cada uno tiene su propia lógica interna. Sin embargo, por cuestión de espacio, se consideran como si fueran un solo texto porque los editores las han convertido en un solo libro.

Para comenzar vale destacar que en el mundo académico de hoy, mercantilizado al extremo, las tesis de grado están en vías de desaparición y han sido suprimidas por aquello de que se gradúa rápido al que más pague, sin que se interpongan obstáculos —como los son las tesis— que impidan que las universidades privadas vendan títulos a granel. Incluso, como expresión concreta de la mercantilización educativa, algunas universidades venden “combos académicos”, en los cuales, como en las hamburguesas, se ha McDonalizado el saber y se ofertan títulos dobles o triples, de tal manera que en cuatro años los estudiantes obtienen, por ejemplo, diplomados de literatura e historia, sin que al final sepan mucho ni de una ni de otra disciplina. Lo que resulta excepcional radica en que se escriban tesis y las que se elaboren sean medianamente coherentes y legibles. Esto es lo que sucede con los dos trabajos de grado de este libro que, aunque tienen el carácter provisional de una tesis

de pregrado, por lo menos se pueden leer porque están bien ordenadas, son coherentes y fueron bien redactadas.



El objetivo central de las dos tesis comentadas se concentra en desentrañar los mecanismos de representación racial de las elites criollas decimonónicas, así como de los viajeros nacionales y extranjeros. Para descubrir el racismo abierto o simulado de los sectores dominantes se acude al estudio de una novela, *La María*, y de varios escritos del *Museo de cuadros de costumbres*, así como de otro tipo de obras costumbristas y relatos de viajeros. A lo largo de tres capítulos en cada tesis se insiste en que, tras la abolición de la esclavitud en la Nueva Granada a mediados del siglo XIX, las elites ratifican su visión racista de los sectores subalternos, como los afrodescendientes, los indios y los zambos. Ese racismo se sustenta en el prejuicio de pretendida superioridad de la “raza blanca” sobre las demás, a partir del cual se presenta el panorama de disputa entre “civilización y barbarie” que tanto afaná a las clases dominantes de América Latina después de la Independencia, preocupadas como estaban de imitar a toda costa a los europeos como prototipo civilizador por excelencia.

El discurso racial se basa en el establecimiento de una relación estrecha entre clima, raza y civilización, que simplemente constituye una reproducción de las imágenes construidas desde Europa en el siglo XVIII y que fueron asumidas de manera plena por diversos próceres de la Independencia. Ese discurso afirma que existe una correspondencia, en el suelo americano, entre el salvajismo y la